

R.L.S.

R.L. STEVENSON

Ilustrar la «Isla»

por Montserrat Castillo*

184

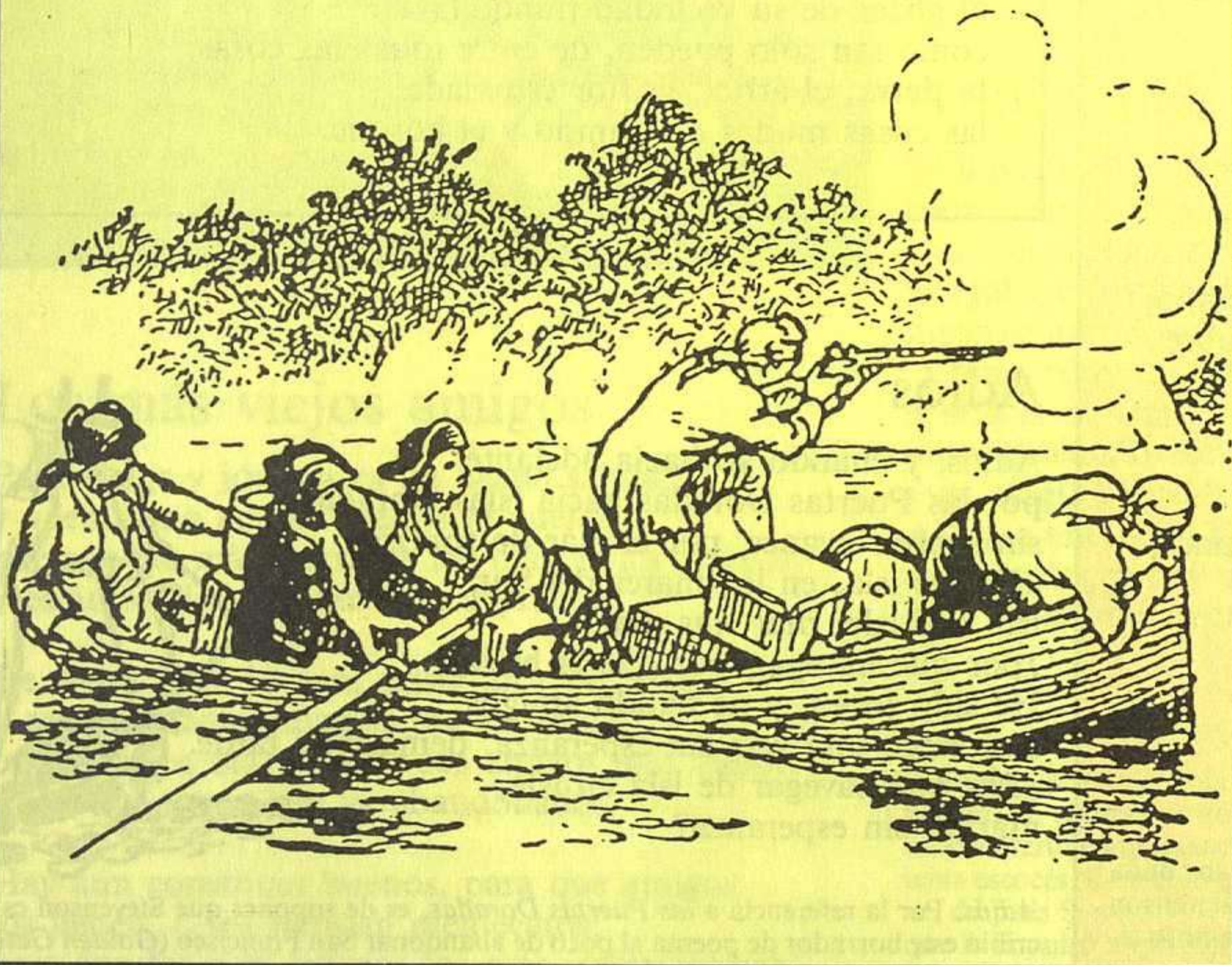
R. L. STEVENSON

completamente de lado, de suerte que ofrecíamos un blanco magnífico.

No sólo veíamos a los foragidos, sino que incluso oíamos claramente que Hands hacía rodar sobre cubierta una gruesa granada y la empujaba hacia el cañón.

— ¿Quién de nosotros tira mejor? — preguntó el capitán.

— El hidalgo, indiscutiblemente — contesté al punto.



J. JUNCEDA, LA ISLA DEL TESORO, SEIX & BARRAL, BARCELONA, 1924.

Desde su publicación por primera vez en 1883, La isla del tesoro ha sido objeto de los más diversos tratamientos pictóricos por parte de dibujantes e ilustradores. La articulista pasa revista, a continuación, a algunas de dichas versiones más sobresalientes, entre las que merece especial atención la realizada por el dibujante catalán Joan Junceda en 1924.



J. JUNCEDA, LA ISLA DEL TESORO, SEIX & BARRAL, BARCELONA, 1924.

40
CLIJ33

La primera ilustración de *La Isla del Tesoro* nació en el mismo momento que la historia, cuando todavía no se sabía que sería una novela. Se trata de un mapa, un mapa que dibuja el mismo Robert Louis Stevenson, en agosto de 1881, en Braemar, cuando trata de entretener a su hijastro Lloyd Osbourne, de trece años.

Para distraer al chiquillo durante las horas tranquilas de verano, Steven-



son le cuenta cuentos e historias, unas conocidas y otros inventados (contar cuentos fue su carisma que más tarde le dio nombre entre los nativos de Samoa —Tusitala—) y también dibuja. Los dibujos representan aquello que pueda excitar la fantasía: marineros estrambóticos, paisajes lejanos y el mapa de una isla.

Aquella isla primeriza tomaría forma y poco a poco se iría poblando de ríos y montañas, de bahías y costa abrupta. Llenarían la isla dorados crepúsculos, noches estrelladas y rumor de olas en una playa desierta.

Realizado el dibujo de la isla, se plantó crear una historia, que la tuviese como escenario. Era soleada y magnífica, adecuada a piratas y que contendría un tesoro, era —y esto es muy importante— una isla fantásti-

ca, creada por la imaginación del autor y su ansia de conocer los mares del Sur, siete años antes de su primer viaje a aquellos parajes. Era una isla soñada desde el corazón de Escocia, lejos de la costa, lejos del mundo cálido que recordaba.

La redacción del texto se hizo a gran velocidad, de una manera trepidante, con la supervisión de Lloyd y la familia Stevenson.

La primera edición fue por entregas, desde octubre de 1881 hasta enero de 1882. Al año siguiente Cassell & Company de Londres, la editó en forma de libro. Tenía ilustrada solamente la cubierta y un frontispicio.

Posteriormente aparecieron ediciones más ilustradas, y todas ellas —hasta hoy— respetaron la ilustración primigenia, la isla que tomó forma los atardeceres de verano de la mano de dos grandes soñadores: un prestigioso escritor y un niño.

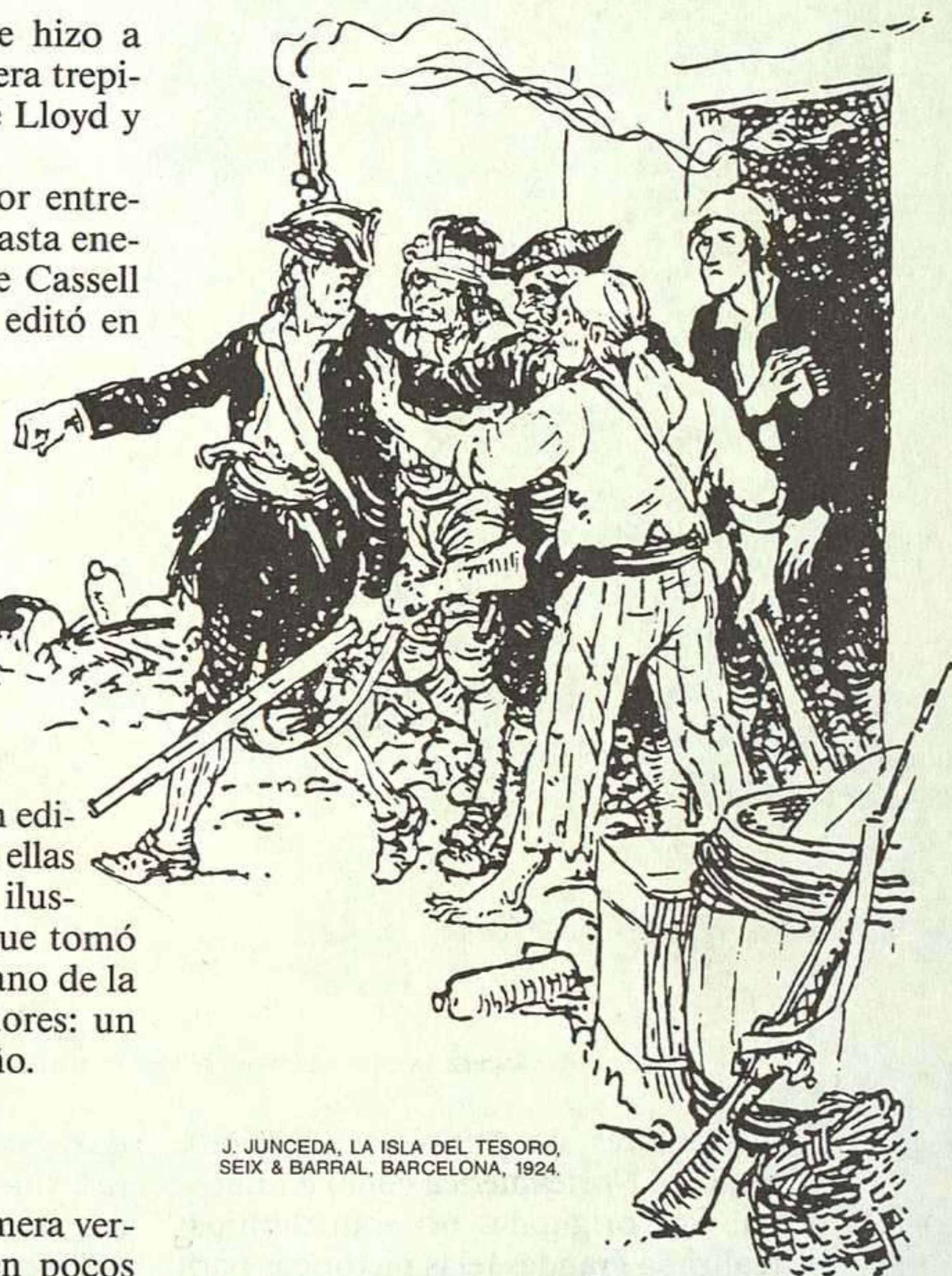
Grandes dibujantes

Después del éxito de la primera versión inglesa (36 ediciones en pocos años), Cassell se planteó una edición más ilustrada, que aparecería en 1899, con dibujos de Wal Paget. Paget dio una versión de calidad pero tradicional dentro de la ilustración de las novelas de aventuras, y muy semejante a las que había hecho tres años antes para el *Robinson Crusoe* de Defoe.

La novela se tradujo muy pronto a otras lenguas. Una de las ediciones más interesantes es la versión francesa de Hetzel, editada en 1885, *L'Île au Trésor*, ilustrada por Georges Roux. Éste obtuvo su popularidad y prestigio gracias a sus dibujos para las no-

velas de Jules Verne. El trabajo de Roux es sugerente, con un buen tratamiento de la luz y el claroscuro, contando con la riqueza añadida que proporciona la textura del grabado.

Un ilustrador importante de la



J. JUNCEDA, LA ISLA DEL TESORO, SEIX & BARRAL, BARCELONA, 1924.

«Isla», porque rompe con la ilustración propia del XIX, muy rígida y con personajes estáticos, es el norteamericano N.C. Wyeth.

Wyeth fue discípulo del gran Howard Pyle, en su innovadora escuela de Wilmington, con la cual pretendía renovar, mejorar y dignificar la ilustración en Norteamérica y darle la categoría de arte. Wyeth fue quizás el alumno predilecto de Pyle, aunque sus estilos fueron completamente diferentes. Wyeth dio una versión original y propia a la novela. Su misma técnica se diferencia claramente de la de los

R.L. STEVENSON

R.L. STEVENSON



JOSÉ RAMÓN SÁNCHEZ, LA GRAN AVENTURA DEL CINE, MUSEO ESPAÑOL DE ARTE CONTEMPORÁNEO, MADRID, 1982.

ilustradores de principios de siglo, tanto en Norteamérica como en Europa. Sus originales no eran dibujos; realizaba grandes telas pictóricas para ilustraciones que debían ir impresas en libros. La opción de trabajar grandes superficies se debía a la libre elección de una técnica expresiva y a su propia energía —era un hombre alto y fuerte y con una gran potencia física, que necesitaba derrochar en el constante movimiento que realizaba para pintarlas—.

Su personal uso del color dio a sus versiones originalidad y fuerza, creando un mundo mítico, más allá del tiempo y de la historia.

Sus temáticas predilectas fueron las historias del Oeste americano con in-

dios y cowboys. Pero no se limitó a éstas, sino que también ilustró aventuras de todas las épocas.

Treasure Island fue su primera oportunidad como ilustrador de libros. Charles Scribner le encargó el primer título de la Scribner's Illustrated Classic Series, que aparecería en 1911. Posteriormente, y para la misma colección, ilustraría otras obras del mismo R.L. Stevenson; en 1913, *Kidnapped*; en 1916, *Black Arrow*; en 1924, *David Balfour*.

Otra versión interesante de aquellos años fue la del inglés naturalizado norteamericano Louis Rhead, con formación académica parisina. Su estilo de ilustración tiene una fuerte referencia prerrafaelista y del *art Nou-*



—1121081, 517 210 —3100720101 YU01 2



N.C. WYETH, TREASURE ISLAND, SCRIBNER, NUEVA YORK, 1911.

veau. Su «Isla» fue editada por Harper en 1915.

Dentro de esta misma sensibilidad, pero posterior, encontramos las ilustraciones de Warwick Goble, otro ilustrador inglés que dibujó la edición de Macmillan en 1923.

Otro importante dibujante de la «Isla» fue Edmund Dulac. Se trata de una obra muy tardía en su producción (1927). Dulac había nacido en Toulouse, pero realizó toda su obra en Londres, siendo uno de los más prestigiosos dibujantes británicos de libros para niños. Destaca en su obra su interés por la mejora constante de su técnica, adecuándola a los sistemas de impresión del momento.

Su libro más prestigioso es *Arabian Nights Entertainments*, editado por Hodder & Piazza en 1907. Su afición y profundo interés por las culturas exóticas le permitió una insólita comprensión del maravilloso mundo árabe.

Su versión de *Treasure Island* fue editada por Doran en 1927, un período en que ilustra *Tempest* de Shakespeare y otros cuentos, haciendo ilustraciones sombrías, dominadas por un sentimiento a la vez romántico y trágico, que las hace muy adecuadas, pero les resta la luz que había caracterizado su obra. *Treasure Island* es la excepción de su producción en los años veinte, en los cuales sólo ilustra libros para adultos y es, al mismo tiempo, su libro preferido.

Henry Matthew Brock, dibujante y pintor inglés, ilustró otra de las históricas versiones de la «Isla», editada en 1928 por Macmillan.

Ediciones españolas

La edición más antigua que conocemos es la realizada en 1899, en Madrid.

La quizá más importante hasta hoy día, es la edición de 1924 de Seix & Barral, según traducción de Gaziell (Agustí Calvet).

Ese libro de la popular colección de



HUGO PRATT.

los *llibres blaus* (libros azules) lleva las insuperables ilustraciones de Joan Junceda, autor que dio una versión casi inmejorable de los personajes y de las situaciones. *La Isla del Tesoro* corresponde al mejor período del dibujante y es uno de sus libros predilectos.

En la ilustración de la «Isla» utiliza una diversidad de técnicas que no le es frecuente: siluetas —un recurso que sin ser original suyo, Rackham impuso en toda Europa—, acuarelas y sus tradicionales plumas, técnica que convirtió en medio expresivo con el que consiguió crear los ambientes más oscuros y amedrentadores de muerte e intriga y los más claros y diáfanos de la isla dorada por el viento.

Junceda, que dio a la *Isla del tesoro* paisajes de la costa de su Blanes entrañable y lo hizo sin que en ningún momento el lector se enfrentara a descontextualizaciones, dio, también, a los piratas rostros de los marineros y pescadores de la costa catalana, tal vez un poco más abollados por la maldad. Junceda no hacía otra cosa que retratar aquellos lobos de mar, aquellos botes y aquellas velas que cada verano, año tras año, llenaban

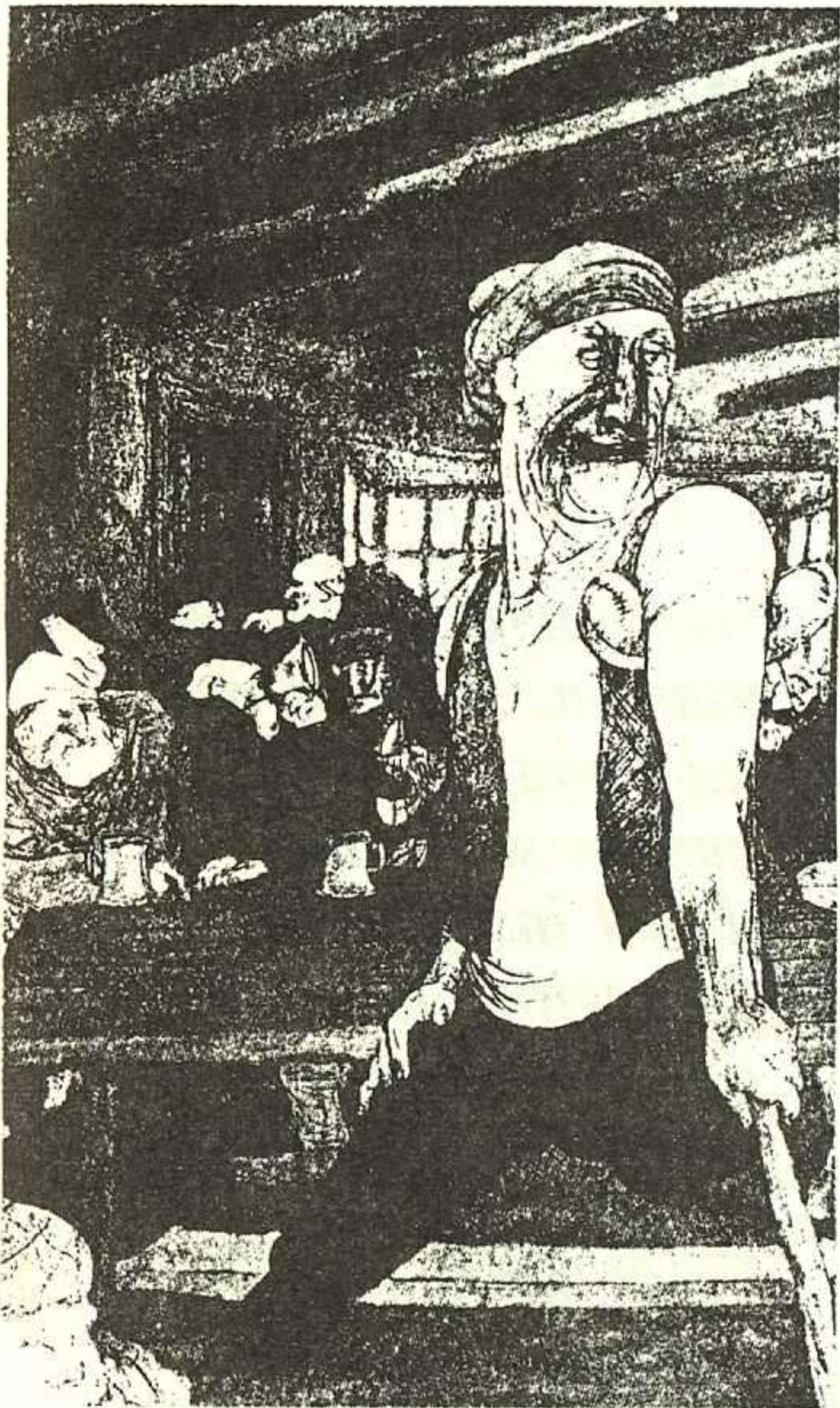


N.C. WYETH.

sus pupilas maravilladas. La comprensión que mostró de los tipos de la novela hizo de esta ilustración una versión modélica e imitada. Modélica porque escapó plenamente a las rigideces de las versiones anteriores (incluidas las mejores y exceptuando el dinámico Wyeth y el refinado Dulac), haciendo canto y glosa de los valores fundamentales de la novela: la acción, el peligro y el misterio.

Por supuesto, Junceda tampoco había visitado los mares del Sur cuando ilustró la «Isla», y nunca lo haría, pero supo soñar, como el propio Stevenson, tomando como base aquellos marineros, aquellos puertos, aquellas tabernas y el olor de mar y de brea, entremezclados con las narraciones que todo marino viejo, retirado de la mar,

R.L. STEVENSON



RALPH STEADMAN.

estaba dispuesto a contar a quien quisiera escucharle.

No encontramos en las ediciones anteriores referencias de la versión de Junceda, lo que nos permite afirmar que realizó sus ilustraciones sin modelos gráficos, como era su costumbre, buscando inspiración en la realidad conocida tanto por la experiencia cotidiana, como por la experiencia ejercitada de su fantasía de lector, que a partir de las playas y costas de Blanes podía soñar todas las costas y playas del mundo.

También hemos dicho que las ilustraciones de Junceda fueron fuente y punto de referencia y lo fueron muy pronto.

Ya las ilustraciones de Yorik para la versión en catalán, editada en 1926

por Juventud, tienen su origen en Junceda. Aunque la mayoría no están basadas en los dibujos de éste —son más tradicionales y «antiguas», de carácter realista y poco activas, con una importancia excesiva del sombreado—, hay tres que son resueltas de una manera prácticamente idéntica a Junceda. Ésas son cuando Jim y su madre encuentran el cadáver del capitán Billy Bones (en la cual no tan sólo se ha copiado la composición —con ligeras variaciones que la empeoran— sino también el sistema de sombreado, a base de una fina trama, característica fundamental del dibujo de Junceda). La pelea en la cabina tiene muchas similitudes, y mucho más clara es la influencia en la solución de Jim disparando desde los palos del navío contra Hans.

Un caso todavía más claro de imitación o reelaboración devota de las ilustraciones de Junceda es la de su discípulo y fiel seguidor, Antoni Batllori Jofré.

Tanto de la versión de Yorik como de la de Junceda se hicieron varias reediciones, también en la posguerra. Las siguientes son más pobres. Destacamos las ilustraciones de J.P. Bocquet para editorial Molino; las de Lozano Olivares para editorial Artigas, en una edición muy reducida en troquelado para los más pequeños; las de Balter para Toray, de 1979; las de Margarita Menéndez para SM, una versión dulcificada de los personajes, quitándole hierro a las situaciones; o las de Josep María Miralles para Ediciones del Drac, de 1986.

Ediciones recientes han optado por la reproducción de ilustraciones anteriores o realizadas por otras editoriales, como la de Baranova, reproduciendo los dibujos de Mervyn Peake para Methuen Children's Books Ltd., de Londres, de 1976 —una versión actualizada del misterio y del peligro, sin estropear estas cualidades esenciales en una novela de aventuras mediante concesiones piadosas—, o la de Vicens Vives, que incluye las ilustracio-



MERVYN PEAKE.

nes de Wal Paget. Es mejor reeditar la «Isla» con ilustraciones históricas logradas —¿para cuándo la reedición de Junceda?—, que repetir modelos digeridos o infantilizar tontamente. Mejor todavía sería que un gran ilustrador —tiene que serlo, dado el enorme peso de la rica tradición que tiene detrás— se atreviera a soñar de nuevo, que se atreviera con el pavor, la excitación y el entusiasmo que el misterio provoca, que se atreviera a representar de nuevo su propia fantasía del deseo de aventura. ■

*Montserrat Castillo es crítica e historiadora de Arte.